

En Oaxaca secundó el plan de Ayutla, y en 27 de Agosto de 1855 se le nombró Jefe Político de Ixtlán, hoy villa Juárez, donde empezó a demostrar sus dotes de organizador, creando la Guardia Nacional de su distrito, cuyos habitantes habían sido considerados ineptos para tal servicio, á pesar de lo cual esta fuerza fué la que prestó eficaz auxilio á la cabecera del departamento, Villa Alta, contra las agresiones de los juichitecos, y pocos meses después, con los mismos elementos, y secundado por Pablo Lanza, Jefe Político de Ejutla, y Bruno Almaraz, que lo era de Miahuatlán, marchó sobre Oaxaca, con el propósito de castigar la infidelidad del general García, que se había pronunciado con todas las fuerzas de su mando contra el plan de Ayutla. El pueblo oaxaqueño, alentado por aquella demostración bélica y capitaneado por don José María Díaz Ordáz, don Luis Fernández del Campo y don Luis Carbó, asaltó el cuartel de artillería, apoderándose de los almacenes de armas y municiones, y reforzado el movimiento por Díaz, Lanza y Almaraz, se vió obligado García á ponerse á la defensiva y á rendirse pocos días después.

Restablecido el orden en Oaxaca y puesto al frente de la gobernación de ese Estado, don Benito Juárez, volvió Porfirio Díaz á su jefatura de Ixtlán, licenciando á su improvisada fuerza y mereciendo del señor Juárez y del Tesorero General, al rendir cuentas de los fondos que había manejado, de los que entregó remanente, palabras de elogio y de gratitud por el celo administrativo de que había dado inequívocas pruebas.

Al reorganizar Juárez la Guardia Nacional en Oaxaca, don Porfirio fué electo, á pluralidad de votos, capitán de una compañía del segundo batallón, empleo que aceptó, renunciando la jefatura política, á pesar de tener ésta una asignación de ciento cincuenta pesos mensuales, y de que sólo era de sesenta la paga de su nuevo empleo: hermosa prueba de desprendimiento, de amor al ejercicio de las armas, de consideración al voto de sus camaradas y de noble ardor por servir á la patria en días de prueba.

Pronunciado en Jamiltepec el coronel de ejército, José María Salado, el Gobierno de Oaxaca dispuso que fuera á batirlo el batallón en que militaba Díaz á las órdenes del teniente coronel Manuel Velasco. En la acción del 13 de Agosto de 1857, en Santa María Ixcapa, fué muerto Salado y deshechas sus fuerzas, resultando gravísimamente herido el capitán Díaz, que no pudo volver á Oaxaca hasta fines de Septiembre, no cicatrizadas aún sus heridas. En estas condiciones tomó parte en la defensa de la ciudad, sitiada por Cobos durante los meses de Noviembre y Diciembre, teniendo ocasión en varios combates, de distinguirse notablemente y conquistarse las simpatías de sus jefes y compañeros de armas, hasta que Cobos, batido y derrotado en la salida efectuada por los sitiados en 16 de Enero de 1858, tomó el camino de Tehuantepec, yendo después en su persecución don Ignacio Mejía, al frente de escasas fuerzas, de las que accidentalmente mandaba dos compañías el capitán Díaz. Repuesto Cobos de su derrota frente á Oaxaca, salió al encuentro de Mejía, por el que fué de nuevo batido y derrotado en el pueblo de Jalapa, á seis leguas de Tehuantepec, el 25 de Febrero, entrando los liberales en la citada plaza sin necesidad de nuevo combate. Pocos días después de estos acontecimientos, el capitán Porfirio Díaz, era nombrado Gobernador y Comandante Militar del entonces Departamento de Tehuantepec, quedando á sus órdenes las dos compañías cuyo mando ejercía, reducidas en total á unos 150 hombres, por las numerosas bajas sufridas en el combate de Jalapa. Mejía, con el resto de la columna, marchó á reforzar la plaza de Veracruz, hacia donde se dirigía para establecer su gobierno don Benito Juárez, que después de embarcar en Colima, cruzaba por el Pacífico y Panamá.

He aquí un dato que demuestra el grado de confianza que don Porfirio había llegado á merecer de sus superiores: al encargarse de su misión en Tehuantepec, debía verificar al propio tiempo el cobro de los impuestos, lo que trae consigo, por ley, el otorgamiento de una fianza; el señor Díaz no quiso darla por no molestar á sus amigos, proponiendo al Gobierno que nombrase un recaudador de la contribución. A esto se contestó que se le diera el empleo sin fianza, y sin que esta excepción fuese considerada como regla, pues al dictar tal disposición se tenían sólo en cuenta los antecedentes del señor Díaz y los resultados de sus gestiones en los respectivos empleos administrativo-militares que había desempeñado.

Después de la derrota de Cobos, la gente que componía su hueste, formada de tehuantepecanos, se ocultó con propósito de reorganizarse al partir Mejía para Veracruz. Las guerrillas, alentadas por la impunidad con que podían obrar, se multiplicaron rápidamente, y en crecido número se reunieron en la hacienda de *Las Gicaras*, distante de Tehuantepec unos cuatro kilómetros, comprendido el río, con intento manifiesto de atacar la plaza, frecuentemente hostilizada por el enemigo. El coronel José María Conchado, antiguo carlista español, tomó el mando de las guerrillas reunidas.

Dejando en la plaza escasísima guarnición, salió Porfirio Díaz con la mayor parte de su fuerza, y dando un largo rodeo por caminos extraviados, viéndose precisado á romper espeso bosque para abrirse paso, batió á Conchado por la espalda en la madrugada del 13 de Abril de 1858, en cuya acción murió el citado jefe y fueron dispersados aquellos de los suyos que no sufrieron igual suerte.

Este brillante hecho de armas valió á don Porfirio Díaz el ascenso á Mayor. A partir de esta fecha, multiplicó su actividad, y tomando la ofensiva en constantes excursiones por todo el departamento, realizó la acción de *Los Amates* el 2 de Diciembre, la de *La Mixtequilla* el 17 de Junio de 1859, ganando por ella el empleo de teniente coronel; la del *Guiguchache* el 6 de Septiembre del mismo año, sin mencionar otra multitud de encuentros, que, aislado é incommunicado con el Gobierno, sostenía frecuentemente. Prolongóse esta difícil situación, sin que dejara nunca su actitud ofensiva, hasta que derrotado don Ignacio Mejía en Teotitlán del Camino, desocupada por el Gobierno la capital de Oaxaca y replegadas en la Sierra las autoridades, instalándose Cobos en la ciudad, destacó so-

bre Tehuantepec una columna mandada por el general Alarcón, reforzada durante su marcha con los sublevados de Pochutla, que obedecían al general Manzano. Todos esos elementos, engrasados al término de su destino, por las guerrillas que al amparo de aquellos se reunieron á las órdenes del coronel Ojeda y del mayor Santibañez, no se atrevieron todavía á atacar la débil plaza. Alarcón estableció su campo y tomó posiciones en el barrio de Santa María Reo, al otro lado del río, sin duda con propósito de emprender el ataque al día siguiente; pero nuestro biografiado, dando muestras de su habilidad estratégica, de espíritu fuerte y de rápida actividad, fraguó los planes del poderoso enemigo que tenía encima, y evacuó durante la noche la población, salvando además, á trueque de vencer enormes dificultades, un convoy de más de 8.000 fusiles y abundantes pertrechos, que procedente de Nueva York se encontraba allí con destino á Acapulco. Puesto el convoy en seguridad en los bosques de Juchitán, cuyos habitantes eran muy adictos al señor Díaz, realizó una larga y penosa marcha hasta llegar á Santa María Reo en la madrugada del 25 de Noviembre de 1859, como si procediera de *La Ventosa*, rumbo diametralmente opuesto al de Juchitán, y no solamente salvó el convoy que algunos días más tarde embarcó en La Ventosa, sino que además tuvo un encarnizado encuentro que costó al enemigo considerables bajas y la pérdida de más de 700 fusiles, ganando en este combate, digno de mayor recompensa, el grado de coronel de la Guardia Nacional.

Al realizar el salvamento del referido convoy, el teniente coronel don Porfirio Díaz, verificó uno de los actos de insubordinación que en casos análogos quisieran seguramente ver reproducidos los pueblos, cuando se halla confiada la defensa de su honra á la capacidad, al valor y á la lealtad de sus jefes militares. He aquí el hecho: convencido el gobierno de que el cargamento salvado por el señor Díaz, caería irremisiblemente en poder del enemigo, dada la enorme desproporción entre las fuerzas de ambos contendientes, ordenó á nuestro héroe destruir las armas, haciéndolas volar por medio de los explosivos que las acompañaban; á lo cual contestó Díaz en términos poco respetuosos, negándose á ejecutar lo que se le mandaba, y siguió los impulsos de su gran corazón, con el éxito que hemos visto y que le ha acompañado siempre en sus empresas extraordinarias, así en la guerra como en la paz. En actos semejantes, es donde se demuestra amar á la patria y cómo debe sacrificarse todo á su interés supremo. El general que no ha mucho, en el Senado español, pretendía darse de la mancha de la entrega de Cuba, decretada por los nefandos políticos de Madrid, no habría tenido que declararse tardamente arrepentido de su obediencia al Gobierno, si hubiese imitado la conducta de Díaz en Tehuantepec, la de Prim en algunos de sus actos militares y la de otros soldados, que sobre la ordenanza han colocado siempre la honra de sus banderas. Y perdonémosle esta digresión arrancada á nuestro sentimiento hondamente español.

Sin perder momento, organizó don Porfirio Díaz una columna de cerca de 500 hombres, para reforzar las tropas del Gobierno del Estado que se hallaban en la Sierra de Ixtlán. Deseaba la reunión de esas fuerzas para marchar con ellas sobre Oaxaca, que ocupaba Cobos; pero éste, apercibido de tal movimiento, le cortó la marcha en el valle de Mitla, derrotándolo el 21 de Enero de 1860; este contratiempo retardó su reunión con las tropas del general Díaz Ordáz, que después de luchar también con las de Cobos, habían quedado victoriosas y al mando del coronel Cristóbal Salinas, por muerte en el combate del citado general. Los coroneles Salinas y Díaz avanzaron cautelosamente hacia Oaxaca, desalojando á viva fuerza la guarnición del fortín *La Soledad* y estableciendo el asedio de la plaza, hasta que el 11 de Marzo mandó levantar el sitio el general Rosas Landa, por venir en auxilio de la ciudad la columna del coronel Carlos Miramón.

Al retirarse los liberales hacia la sierra de Ixtlán fué hostilizando su retaguardia el jefe Alarcón, á quien hemos visto derrotado por don Porfirio en Tehuantepec el 25 de Noviembre anterior. Por orden del coronel jefe de la columna, contramarchó Díaz al frente de su batallón y rechazó y persiguió á Alarcón unas diez millas hasta el pie de la Sierra. Al dar parte de esta operación, recibió la orden de ir á contener al general Anastasio Trejo, que al frente de otra columna penetraba en la Sierra por Ixtteji, donde fué derrotado por Díaz el 15 de Mayo de 1860. Desde esta fecha hasta el 3 de Agosto en que emprendieron el camino de Oaxaca con 700 infantes y 2 obuses de montaña, los coroneles Díaz y Salinas se dedicaron únicamente á la reorganización y reposición de sus elementos, desplegando sus actividades en la elaboración de pertrechos y en la curación de los heridos, sin ser hostilizados por las tropas reaccionarias, á pesar de hallarse el campo liberal á unas doce leguas de la ciudad; lo cual prueba los serios recelos que inspiraban á éstas la pericia y denuedo demostrados por el entonces coronel Díaz. Este y Salinas pernoctaron el 4 en la hacienda de San Luis, en donde á la madrugada fueron atacados por Cobos, que llevaba consigo más de 2.000 hombres.

Este combate, que constituye una de las más brillantes notas de la carrera militar del ínclito patriota cuya historia trazamos sólo á grandes rasgos y sin más pretensión que la de patentizar nuestra admiración por el señor Díaz, ofrece al historiador precioso tema para dedicar un hermoso capítulo á ensalzar el valor, el talento y la decisión de uno de los pocos héroes de primera magnitud entre los contemporáneos. Pero con harta pesa nuestro, solo podemos sintetizar tan extraordinario hecho, del que huelga todo encomio después de consignar que el triunfo de los liberales fué tan señalado, que tomaron al enemigo 18 cañones de varios calibres. Con ese valioso elemento, atacaron y tomaron Oaxaca con el denuedo que tan atrevida acción supone, persiguieron á Cobos hasta reducirle á los conventos del Carmen y Santo Domingo, separados por una sola calle, y una vez acorralado en aquel último refugio, se dispusieron para un ataque definitivo, que se propuso para el día 6; entonces Cobos, destruyendo las tapias del convento de Santo Domingo, se evadió con toda su fuerza, pero perseguido por el coronel don Félix Díaz, hermano de don Porfirio, con una pequeña columna, fué derrotado en el pueblo de *Las Sedas*, camino de Tehuacán.

No fué menos señalado al par que provechoso, el memorable triunfo que las armas liberales alcanzaron poco después del que acabamos de relatar. Sirviendo de base las tropas que concurren á la ocupación de Oaxaca, y con los prisioneros hechos á Cobos, se formó una columna fuerte de poco más de 1.000 hombres con una batería, al mando de Salinas, figurando con el cargo de Mayor de Ordenes el señor Díaz. Salió dicha columna con dirección á Tehuacán á reunirse con la división del general don Pedro Ampudia, que tuvo algunos encuentros con pequeñas partidas enemigas, recorriendo los alrededores de Puebla, México y Pachuca, hasta que al salir de México el general Miramón para oponerse al avance del ejército liberal del Norte, que había aparecido por Querétaro á las órdenes de Gonzalez Ortega y de Zaragoza, avanzó Ampudia rápidamente en auxilio de estos hasta colocarse á su retaguardia, precisamente en los momentos en que ambos ejércitos habían empeñado combate. Esta circunstancia y el que la dispersión del enemigo se efectuase hacia México, explica que Ampudia, con todo y no haber llegado á combatir, hiciese casi tantos prisioneros y recogiese tanto botín como Gonzalez Ortega. Esta completa victoria tuvo lugar el 22 de Diciembre del año 1860, y dió por resultado que ocuparan la capital de la nación las tropas republicanas.

Habiendo dispuesto el Gobierno que las fuerzas de la Guardia Nacional regresasen á sus respectivos Estados, marchó el señor Díaz á Oaxaca con un batallón. Allí tuvo noticia de haber sido electo diputado al Congreso General, y como á la sazón el gobierno de Oaxaca recedía el contingente activo de su Guardia Nacional, volvió el señor Díaz á México y ocupó su asiento en el Congreso hasta el 21 de Junio de 1861. En esta fecha Márquez atacó la capital de la República, entrando por la Garita de la Tlaxpana, y llegando hasta cerca del convento de San Fernando, ocupado por los batallones de Oaxaca á las órdenes del general don Ignacio Mejía, á quien se presentó el coronel Díaz en los momentos del ataque. El general Gonzalez Ortega tomó el mando de la brigada de Oaxaca, en la que figuraba el coronel Díaz, y después de seguir á Márquez hacia el entonces distrito de Cuernavaca, y de emplear con escaso éxito más de dos meses en su persecución, entre la localidad citada y Toluca, donde se hallaba su división, el 12 de Agosto supo que Márquez había llegado á Tianguistongo.

Mientras ponía en movimiento el grueso de su fuerza dispuso Gonzalez Ortega que el coronel Díaz, al frente de 330 hombres de infantería y 200 caballos se adelantase á atacar al jefe reaccionario. Así verificó Díaz, con tan feliz éxito, que alcanzó en aquella jornada otro de los timbres gloriosos de sus campañas, y en cuyo merecido encomio no podemos detenernos como fuera de justicia; sorprendiendo á Márquez en Jalatlaco á las diez de la noche, batiéndolo hasta las cuatro de la mañana del 13, y dando tan buena prueba de su valor y táctica militar, que contando con fuerzas muy inferiores en número, y tratándose de un jefe enemigo tan experto como Márquez, lo derrotó completamente, poniéndolo en fuga, y haciéndole dejar en el campo y en su poder crecido número de muertos y heridos, más de 500 prisioneros, 8 obuses de montaña y toda su impedimenta. La división de Gonzalez Ortega llegó al teatro de la batalla, cuando ésta había terminado con la huida del jefe enemigo. La República premió el nuevo triunfo de don Porfirio Díaz ascendiéndole á general, á petición de Gonzalez Ortega.

Rehecho Márquez de su descalabro, reforzado con un regimiento del Gobierno que se sublevará en San Luis Potosí, y unido á las fuerzas de Tomás Mejía y de otros generales, recorrió los Estados de San Luis y Querétaro y el distrito de Pachuca (hoy Estado de Hidalgo), estableciéndose en la capital del citado distrito en actitud de reto á la guarnición de México, donde se organizó una columna al mando del general don Santiago Tapia, de la que formó parte la brigada de Oaxaca mandada por don Ignacio Mejía, llevando como Mayor de Ordenes al general Díaz. En la Cruz de los Ciegos, creston situado fuera de Pachuca, esperó Márquez la acometida de los liberales, que lo derrotaron tras rudo combate. Parapetado en otra eminencia del camino de Real del Monte, y derrotado otra vez, emprendió la fuga, abandonando su artillería y sufriendo numerosas bajas. Esta batalla fué considerada de mucha importancia por el Gobierno, que condecoró á cuantos concurren á ella.

Los sacrificios de los que sin tregua combatieran por la causa republicana, no habían terminado; aún la patria necesitaba más sangre de sus buenos hijos, para ahogar en ella los esfuerzos del partido conservador, que llamó en su auxilio al extranjero para derribar el imperio de la Reforma.

Al regresar á México las tropas del general Tapia, se tenía ya noticia de la alianza tripartita y poco después aparecían en aguas de Veracruz las flotas española y francesa y el contingente inglés. Con tal motivo, mandó el Gobierno al general José López Uruga que organizara un cuerpo de ejército del que formaron parte seis batallones, un regimiento y una batería de Oaxaca, distribuidos en dos brigadas que constituyeron la primera división, mandando una de aquellas don Ignacio Mejía y la otra don Porfirio Díaz.

Algunos meses después, al ausentarse el general Llave del Gobierno de Veracruz, el señor Díaz fué mandado á Jalapa con una brigada y nombrado gobernador temporalmente, hallándose ya entonces en Veracruz el ejército invasor. Don Porfirio Díaz estableció provisionalmente su campo y el Gobierno del Estado en el rancho *El Camarón*, entre Córdoba y Soledad, hasta que, en virtud de los Preliminares de este último punto, recibió orden de retirarse á la cañada de Ixtapa, donde permaneció desde que los franceses ocuparon Córdoba, Orizaba y Tehuacán. Rotas las negociaciones con el invasor y en marcha éste hacia sus primitivas posiciones, según lo pactado en dichos Preliminares, siguió muy de cerca el general Díaz con su brigada, siempre á la vista del enemigo, hasta Córdoba. Faltó el general Lorencez á su promesa de reparar la sierra del Chiquihuite y, contramarchando, atacó á los liberales la vanguardia del general Díaz, en el momento en que Zaragoza en persona, que lo alcanzó con su Estado Mayor, le dió orden de retroceder hasta El Ingenio, hoy

estación de Nogales, y después hasta Acultzingo, donde el ejército permaneció una semana sin que los franceses hiciesen movimiento alguno.

Por este tiempo recibió el general Díaz el orden de marchar con su columna, la del general Escobedo y la del general Rojo, á su mando las tres, hacia Atlixto, por donde Márquez con sus tropas, trataba de incorporarse á los franceses; antes de llegar á Puebla se le mandó que regresara á marchas forzadas con toda la columna, para aumentar las fuerzas que habían quedado al general Zaragoza, que defendía las cumbres de Acultzingo, amenazadas por el francés procedente de Orizaba; en Ozumbilla se le ordenó hacer subir al trote la brigada Escobedo á cubrir la derecha de Zaragoza, que defendía la carretera por donde marchó la de Rojo, quedando el de reserva á un kilómetro de distancia á la espalda del grueso del ejército. Franqueado por los franceses el paso de las cumbres momentos antes de su llegada, el general Díaz se ocupó en recoger y organizar á los dispersos, poniéndolos bajo el mando de aquellos de sus respectivos jefes que pudo también reunir entre las derrotadas tropas, mandándolos sucesivamente en columnas de 800 á 1.000 hombres hacia la cañada de Ixtapa, donde se situó Zaragoza para recibirlos. Cumplido su cometido en la forma consignada y puestos en salvo los dispersos, vióse aparecer al enemigo por la carretera y sobre una altura; el general Díaz empezó á batir á los que ocupaban ésta, que estaban más al alcance de sus fuegos, y después de resistir con éxito varias acometidas débiles del enemigo, tuvo orden de abandonar sus posiciones, lo que hizo á las once de la mañana del 28 de Abril de 1862.

Desde el 29 marcharon hacia Puebla las escasas tropas republicanas del general Zaragoza, llevando á su espalda las del general francés, á unos 25 kilómetros de distancia. El 3 de Mayo, llegaron Zaragoza á Puebla y Laurencez á Amozoc, éste hostilizado á retaguardia por un grupo de caballería mexicana, y á vanguardia, siempre á tiro de fusil, por los rifleros del coronel Pedro Martínez. El 4, los franceses, continuamente molestados por la caballería leal, descansaron en Amozoc, y el 5 emprendieron la marcha hacia Puebla y el ataque de esta plaza, quedando victoriosos los mexicanos, que en aquella memorable batalla, una de las más empeñadas de la guerra de intervención, demostraron á los enemigos á qué precio se vende la vida, cuando el amor á la patria se sobrepona á todo otro interés, y cuando no tiene otro móvil el sacrificio de la propia sangre. No desmintió nuestro héroe en ocasión tan á propósito, la fama de valeroso que había conquistado en los campos de batalla. Véase sino, en qué términos se refirió á él su general en jefe al redactar el parte de la acción: «... El ciudadano general Díaz, con dos cuerpos de su brigada, uno de Lamadrid con dos piezas de batallón y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arroyo marchaba sobre nuestras posiciones. Aquella se replegó hacia la hacienda de San José, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero no podía atacarlos, porque derrotados como estaban tenían más fuerza numérica que nosotros. Mandé, por tanto, hacer alto al ciudadano general Díaz, que con empeño y bizarría lo siguió, y me limité á conservar una posición amenazada...»

Después de derrotado, el ejército francés acampó en «Los Alamos» hasta el 7, que emprendió el camino de Orizaba, perseguido por Zaragoza. Fortificado Laurencez en dicha población, las tropas de la República se establecieron en San Andrés Chalchicomula, en Palmar y varias haciendas que rodean á San Andrés, hasta que reforzado el cuerpo de ejército con la división de Zacatecas al mando del general Gonzalez Ortega, se emprendió la marcha sobre Orizaba. Gonzalez Ortega marchó á batir por el Norte, y Zaragoza, en relación, por Occidente, por el camino carretero de México. El primero fué sorprendido y batido en la madrugada del 14 de Junio, cuando Zaragoza había ya avanzado hasta la garita de Orizaba, y frustrado por este modo el ataque á la ciudad, subió aquel hasta Puebla para reparar sus pérdidas, mientras Zaragoza volvía á sentar cuarteles en el valle de San Andrés, donde á los pocos días falleció.

Gonzalez Ortega sucedióle en el mando en jefe del que se llamó ejército de Oriente.

Mientras ocurrían estos sucesos comenzaban á llegar á Veracruz los refuerzos enviados al ejército francés por Napoleón, á las órdenes de Forey, Bazaine y otros generales, reconcentrándose el ejército republicano en Puebla, donde se fortificó.

Al comenzar Forey sus operaciones sobre Puebla, estuvo el general Díaz de reserva en la plazuela de San Antonio, hasta que tomados por el enemigo el convento de San Fernando, la Penitenciaría, el Hospicio y alguna otra manzana, pasó á relevar la brigada de Escobedo, cubriendo una línea de Sur á Norte desde el convento de San Agustín al de la Merced. En tan difícil posición, bien supo el general Díaz demostrar su heroico tesón y valor personal, formando con sus hombres una muralla de pechos generosos contra la que se estrellaron las energías del enemigo, y frente á la cual tuvieron que retroceder sus huestes. En efecto, al segundo día de prestar servicio en la nueva posición que se le había encomendado, la poderosa artillería del ejército francés había abierto brecha en el Mesón de San Marcos, enclavado en su línea de defensa, y el enemigo se lanzó por ella al asalto, que los sitiados supieron contener, trabándose una lucha que duró desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, hora en que el esfuerzo del general Díaz hizo retroceder á los asaltantes. Una hora más tarde, otra batería francesa abrió nueva brecha en el mesón de los Nobles Varones, en la línea del general Díaz. Gracias á un repentino y brioso ataque, pudo llegar el enemigo hasta el centro de la manzana, durante el combate hasta la madrugada siguiente y terminando con una nueva derrota de los sitiadores (2 Abril de 1863).

A las nueve de la mañana comenzaron éstos á batir en brecha el costado occidental de la manzana del mismo mesón de San Marcos, pero al iniciar el ataque se hundieron las casas bajo cuyos techos estaban emplazados los cañones en batería. A las doce del mismo día, sufría el enemigo un nuevo descalabro al repetir su embestida sobre el mesón de San Mar-

cos. Después de este ataque, infructuoso como los anteriores, nada volvió a intentar sobre la línea de edificios, cubierta por la brigada Díaz, haciéndolo frecuentemente sobre otras líneas de defensa, hasta que terminó el sitio de Puebla (que había comenzado en 16 de Marzo), el 16 de Mayo de 1863.

Al tercer día de la rendición de Puebla, de donde pudo evadirse, presentose nuestro héroe en México y se le confió el mando de una división de las tres armas, con la que se estableció en Ayotla, en la carretera de Puebla, y al abandonar el Gobierno la capital de la República se ordenó al señor Díaz repliegarse hacia el interior con la división de su mando, primera del cuerpo de ejército a las órdenes del general Juan José de la Garza, a quien, por disposición del Gobierno, sucedió pocos días después, permaneciendo con el cuartel general y la mayor parte de sus fuerzas en Querétaro y cubriendo con el resto Celaya, Salamanca, San Juan del Río y Arroyozarco.

Llamado a San Luis Potosí, residencia accidental del Gobierno General, encargósele un plan de campaña que fué aprobado, previa discusión con los generales Berriozábal y Comonfort, a la sazón ministro de la guerra. Parte del plan mencionado fué la formación de un nuevo cuerpo de ejército en el Oriente de la República y para cuya organización fué designado Díaz, que con la primera división, base del cuerpo en proyecto, emprendió una difícil y larga correría por los Estados de Michoacán, Guerrero, México y Puebla, donde se le presentaron serios obstáculos, como el de la plaza de Taxco, que atacó y rindió el 28 de Octubre, Iguala, que no quiso atacar por escasez de municiones, y la columna volante de Laureano Valdés, dispersando además en su marcha hasta Oaxaca a las pequeñas partidas aliadas al invasor, que sólo al anuncio de su proximidad le dejaban franco paso.

En el mismo año, don Porfirio Díaz fué ascendido a general de división (14 de Octubre de 1863), grado superior en el ejército mexicano.

Con su actividad, admirada tan justamente por cuantos conocemos su vida, procedió el general Díaz desde los primeros momentos de su llegada a Oaxaca, a fundir cañones con el metal de las campanas de los templos, y a organizar nuevos contingentes. No tardó Bazaine en fijarse en el peligro de Oaxaca y se dispuso a atacarla personalmente, marchando hacia allí con dos columnas, una de ellas a su inmediato mando y que tomó el camino de Puebla, Acatlán, Huajuapán, etc., y la otra al mando del general Courtois d'Hurbal, que emprendió el camino por Tehuacán, Teotitlán y Cuicatlán. Este avance efectuóse lentamente por ambas columnas, que iban abriendo caminos para el paso de sus trenes rodados. Llegada la cabeza de la columna de Bazaine a Tamazulapan, y la de Courtois d'Hurbal a la hacienda de Ayotla, el general Díaz salió de Oaxaca con una brigada de las tres armas, con fingido intento de caer sobre Bazaine; pero al hallarse a ocho millas de éste, emprendió con sólo dos batallones una rápida marcha de flanco, campo travesía, para caer sobre una columna que se dirigía a reforzar a la de Courtois y a la que alcanzó en San Antonio Nanaguatipán (10 de Agosto de 1864); pero incorporada ya a las tropas que Courtois había destacado para recibirla, obligó al general Díaz, después de cuatro horas de combate, a que se retirara y a reunirse al resto de su columna, fuerte de 2,000 hombres. De regreso a Oaxaca, prosiguió Díaz las obras de defensa y aprovisionamiento de la plaza, resuelto a defenderla hasta el último trance. Para sostener el ánimo de los pueblos y entorpecer el avance del ejército francés, que aún tardó cuatro meses en llegar a Oaxaca, organizó diferentes columnas volantes que si bien causaban escaso daño al enemigo, no cesaban de hostilizarle y de retrasar su marcha.

Al llegar al valle de Oaxaca por el camino de la Mixteca la columna francesa de cazadores de Africa, húsares de la Guardia y algunos aliados mexicanos, fué batida por la caballería de Díaz, que la persiguió desde la hacienda de Güendulain ó San Isidro hasta el pueblo de Tenexpa, punto en que cesó la persecución por aparecer el grueso de la fuerza enemiga. Entre sus muchos muertos y heridos, contaron los franceses en esta acción algunos de sus mejores y más distinguidos oficiales, como el capitán de húsares, conde de Loir, siendo menores las pérdidas de los republicanos.

El asedio de Oaxaca, comenzó el 22 de Diciembre de 1864. A pesar del heroico comportamiento del general Díaz y de los que valerosamente le imitaron, agotados por completo los víveres y todos los medios de resistencia, no obstante haberse limitado las raciones a la mitad desde mucho antes, la plaza tuvo que sucumbir el 5 de Febrero de 1865, cuando el número de sus defensores quedaba reducido a 800 hombres. Muchas y muy sensibles pérdidas costó a la República la defensa de Oaxaca; pero lo más penoso para aquel puñado de valientes fué la deserción escandalosa, inevitable, de buen número de hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales, iniciada desde que los víveres principiaron a escasear.

Conducido prisionero a Puebla el general Díaz, logró en la madrugada del 20 de Septiembre efectuar una memorable y peligrosa evasión, sufriendo por una cuerda a la azotea del convento de la Compañía, convertido en prisión militar, custodiada por numerosas guardias; y descendiendo por otra cuerda a la calle de San Roque, sano y salvo, nuevamente en libertad, pudo dedicar sus constantes energías a la defensa de la independencia nacional. A los dos días, el 22, cuando aún se registraban varias casas de la ciudad, donde se le creía oculto, secundado por diez ó doce hombres que se le subordinaron inmediatamente, batía y desarmaba a la guarnición de Tehuacingo, que constaba de 25 hombres. Al día siguiente, 23, contaba ya 70 soldados a sus órdenes y dispersó entre Piaxtla y Chianitla a un cuerpo mexicano de más de cien caballos, y aumentando siempre su naciente fuerza, el 1.º de Octubre, al frente de 200 jinetes y peones, atacó en Tulcingo al coronel Jesús Bisoso, derrotándolo por completo y apoderándose de gran parte de su armamento, pertrechos, instrumentos de su banda y dinero. Entonces, encomendando sus gentes al coronel José Segura y Guzmán que se le acababa de incorporar, marchó a la Providencia para conferenciar con el general don Juan Alvarez,

governador del Estado de Guerrero, sobre operaciones futuras y la cooperación que él pudiera prestarle.

Las iniciativas y actividad que desplegó Díaz, levantaron sensiblemente los ánimos de los patriotas en el Sur de Puebla. Esto y la alarma que en aquella ciudad produjo su arriesgada fuga, hizo que los imperiales dirigieran sus miradas hacia tan temible y audaz enemigo, y se prepararan a combatirlo, destacando en su persecución una columna de 700 hombres de todas armas, al mando del Duque de Bernard, que penetró hasta Tlapa; pero Díaz, de regreso ya de su viaje a Providencia, puesto al frente de sus pequeñas fuerzas que habían salido a recibirle, y a las que sumó un contingente levantado en su tránsito por el distrito de Chilapa, dirigióse rápidamente a Tlapa, de donde huyó el Duque al aproximarse él, retrocediendo hacia Puebla hasta repasar el río Mixteco en Chila de la Sal, donde acampó, mientras Díaz hacía lo propio en Chila, al otro lado del río, a poca distancia del invasor, retirándose después el Duque a Matamoros y don Porfirio a Tlapa. Entonces Bernard destacó a Bisoso con 400 hombres de infantería y caballería para que, como práctico en el terreno, batiera al general Díaz ó maniobrara a su alrededor para quitarle recursos. Desacertadamente desempeñó su cometido el coronel reaccionario, pues segunda vez fué batido y dispersado por el general republicano, que después de una rápida y nocturna marcha, cayó sobre él por sorpresa en la madrugada del 14 de Diciembre de 1865. Merced a tan decisivo hecho de armas, quedó libre de imperialistas todo el Norte de Guerrero, mientras por el Sur aparecía otro enemigo de la República: el general guatemalteco don José María Ortega, al frente de una columna de 600 hombres de todas armas.

Gran parte de los soldados del general Díaz eran naturales del Sur de Puebla; se hallaban fatigados y deseaban ver a sus familias, por lo que se les concedió licencia de un mes, señalándoseles la villa de Tlapa como punto de reunión. Con el resto de su gente atravesó nuestro biografiado todo el Estado de Guerrero hasta sus límites con el de Oaxaca, reclutando nuevas gentes y encontrando en la rancharía «Lo de Soto» el 25 de Febrero de 1866, al general Ortega que, con fuerzas muy superiores, le obligó a retroceder, sin atreverse no obstante a perseguirle. Díaz contramarchó unas 30 millas, y el 22 de Marzo, desfilando por senderos apenas accesibles, sorprendió un fuerte destacamento de Ortega en Pinotepa, y en la misma noche batió en Jamiltepec al propio Ortega, causándole grandes destrozos y arrebatándole más de 600 fusiles.

Organizadas sus fuerzas con el nuevo armamento, avanzó el infatigable caudillo en territorio de Oaxaca hasta la villa de Putla, marchando constantemente por atajos semi-ignorados, destruyendo el 14 de Abril un cuerpo de más de cien hombres que mandaba el español Ceballos. Continúo acto seguido su marcha hacia Tlaxiaco, con ánimo de caer sobre Triujque, que abandonó la ciudad, retirándose a Oaxaca con 200 caballos, al tener noticia del avance del general Díaz. Previendo éste que de la ciudad saldrían numerosas tropas en auxilio de las Mixtecas, cruzó con su gente por Zapotitlán de la Laguna y llegó a Tlapa, donde se le incorporaron los soldados que había licenciado y muchos otros, alentados por sus victorias, propaladas y justamente enaltecidas por la prensa liberal.

Refundidas y reorganizadas así sus fuerzas, abrió la campaña en el Sur de Puebla, ocupando Tepeji de la Seda y San Juan Ixcaixitla, donde trataron de sitiarse los imperialistas. Salió por el valle de Chazumba, llegando de nuevo a Tlaxiaco, abandonado por su guarnición; pero, salida de Oaxaca una columna de 3,000 hombres, tuvo que maniobrar algunos meses sin trabar combate. Pasando después las montañas de las Mixtecas, envió a su hermano, el coronel don Félix Díaz, a levantar la Sierra de Ixlán y a amenazar a Oaxaca por el Norte, muy de cerca, puesto que el pie de la Sierra dista sólo tres millas de la ciudad. Al primer ataque enérgico del coronel Díaz, la columna enemiga del Sur, a las órdenes de Oronóz, se repliegó hacia la ciudad a marcha forzada, y aprovechando el general Díaz esta circunstancia para alentar a su gente, simulando una persecución y buscando a la vez una ocasión de hacer algo más positivo, alcanzó su propósito derrotando un destacamento de 200 hombres que a las órdenes del Conde de Ganz le salió al encuentro en Nochistlán el 23 de Septiembre de 1861, acción en la que halló la muerte el citado Conde. Inmediatamente corrió nuestro héroe en auxilio de su hermano don Félix, que en la Sierra era perseguido por una fuerte columna, y cruzando la montaña de Peras, llegó al valle de Zachila, amenazando a Oaxaca por el Sur. Oronóz salió al encuentro al frente de 1,300 hombres de todas armas, franceses, austriacos y mexicanos; pero Díaz, simulando una retirada para llevar al enemigo a terreno ventajoso, aceptó el combate cerca de Miahuatlán, en la falda de la Sierra, cuyos moradores le eran adictos y patriotas bien probados. El éxito más completo coronó la estratagema del general Díaz, y en tal escala, que Oronóz sólo pudo escapar con 300 jinetes en muy mal estado, y abandonando en el campo de batalla su artillería y municiones. Aprovechando la impresión que produjo en Oaxaca el desastre de Oronóz, descendió de la Sierra el coronel don Félix Díaz, y sorprendió en Tlacocula un fuerte destacamento, yendo en seguida a sitiar la capital del Estado, a pesar de la falta casi absoluta de municiones en que se hallaba. A los cuatro días llegaba el general Díaz al lado de su hermano, formalizando el cerco y preparándose para el asalto, cuando tuvo noticia de que el coronel Hotzer, procedente de Puebla, se dirigía por Tehuacán hacia la plaza sitiada. De noche y sin que en Oaxaca se apercibieran de ello, reunió sus tropas diseminadas alrededor de la ciudad y salió por el camino nacional al encuentro de Hotzer, a quien batió vigorosamente y destruyó por completo en «La Carbonera», haciéndole 700 prisioneros franceses y austriacos y apoderándose de una batería de cañones rayados de montaña y de 800 carabinas austriacas (18 de Octubre de 1866).

Tan gloriosa hazaña, debida a la pericia y heroico valor del general Díaz, le fué recompensada justamente con el honroso título de *Héroe de La Carbonera*.

Tintos aún los aceros con sangre enemiga, volaron los republicanos a

restablecer el sitio de Oaxaca, cuando ya los sitiados se disponían a salir en su persecución creyéndoles derrotados. Por fin, el 31 del mismo mes, Oaxaca se rindió y tornaba a flotar sobre sus muros, reconquistados a la buena causa por el esfuerzo de su hijo predilecto, el pabellón de la República.

La trascendencia de este triunfo fué tal, que bien puede decirse que cambió por completo el aspecto de la guerra y la situación del Imperio; pero para apreciar debidamente la obra del general Díaz, no basta conocer estos hechos; hay que detenerse a considerar que los realizó sin auxilio de nadie, por iniciativa propia, con medios arrebataos al enemigo en encuentros desiguales, contra ejércitos numerosos, disciplinados y aguerridos, conducidos al combate por jefes de prestigio. Pero era necesario que el general Díaz superara todos esos obstáculos para arrastrar a su lado, en defensa de la causa nacional, a gente campesina y desmoralizada por los reveses de los republicanos en su lucha contra el invasor y sus aliados.

Apoderado de Oaxaca, marchó nuestro héroe sobre Tehuantepec, cuya guarnición, de más de 1,500 hombres, salió a su encuentro en «El Tablón», meseta contigua al camino; pero, al hallarse Díaz a dos millas de la posición enemiga, emprendió la marcha por una bifurcación que, si bien más larga, conduce también a Tehuantepec, contando con que los imperialistas se lanzarían irreflexivamente en su persecución por las asperezas de aquella montaña. Sucedió así en efecto, y verificando repentinamente un oportuno cambio de frente, cayó el general Díaz de improviso sobre el enemigo, derrotándole en el rancho *La Chitova* (19 Diciembre 1866). Lanzóse inmediatamente en persecución de los restos de la maltrecha columna, cuyas fracciones fueron reuniéndose, y los restos de la Tequisistlán el 26 del propio mes, los exterminó completamente. Libre de enemigos armados y atento a todo, dedicóse a organizar la administración de los distritos en su persecución por las asperas que acababa de libertar, nombrando autoridades y regresando a Oaxaca a ultimar la reorganización de su ejército y señalando como punto de concentración Tepeji de la Seda, a 600 jinetes de los distritos de Acatlán, Tepeaca, Tepeji y Tecali, a quienes concedió licencia por dos meses después de la toma de Oaxaca. Ultimados los aprestos militares y encauzada la administración civil, pasó a Tepeji, donde necesitó una semana para acabar de reunir sus tropas y emprender el camino de Puebla, rodeando por Tepeaca, Napalca y Huamantla, desde donde amenazaba a la plaza, que comunicó con la capital, estableciendo su cuartel general en el cerro de San Juan, (2 de Marzo de 1867), sin que el enemigo se atreviera a efectuar salidas, limitándose a dispararle algunos cañonazos. El día 3 estableció el sitio, y estrechándolo cada vez más, tomó la plaza por

asalto el 2 de Abril, fecha gloriosa para la causa republicana, que poseyó nuevamente una de las plazas más importantes del país. Precipitose el asalto y toma de Puebla, porque el general Díaz se vio amenazado por la espalda, muy de cerca, por una división de 4,000 hombres y tres baterías, a cuyo mando se adelantaba Márquez en auxilio de las tropas sitiadas, que, tomada Puebla, se refugiaron en los fuertes de Guadalupe y Loreto, último baluarte de los reaccionarios que lograron evadirse de la plaza.

Puebla fué siempre considerada por ambos ejércitos como importante centro de operaciones, que proporcionó al general Díaz valiosos elementos y pertrechos de guerra y más de 200 cañones desmontados y cuatro baterías de batalla y de montaña en estado de servicio. Con tales medios estableció Díaz grandes talleres en la ciudad y en la fundición de Panzocola, acumulando materiales que empleó después en el sitio de la capital de la República y auxiliando con importantes envíos al ejército que sitiaba Querétaro.

Al tener noticia Márquez de la pérdida de Puebla, suspendió su avance en Apizaco. Díaz apresuró la toma de los fuertes de Guadalupe y Loreto, y dejando guarnecida la plaza y al mando de ella al general don Diego Alvarez, dió libertad a los 480 generales, jefes y oficiales que tenía prisioneros y refundió en sus batallones la tropa vencida. Suponiendo que Márquez retrocedería a México, se lanzó en su persecución con su caballería, temeroso de no darle alcance, y seguido una jornada a retaguardia de su infantería, artillería é impedimenta. Observados por Márquez esos movimientos, apresuró su retirada, que efectuó por Tochac y San Diego Notario, donde el 6 de Abril le dió alcance Díaz, y aprovechando el espíritu levantado de sus tropas, le batió, derrotándole la caballería y obstando, decidir el grueso de las fuerzas de Márquez; pero sin poder, no obstante, decidir el éxito de la acción, por no habersele incorporado la infantería y artillería. Pernoctó Díaz a la vista del enemigo, que emprendió la marcha por la madrugada, y habiendo reunido el mismo día 7 todas sus fuerzas, continuó en persecución de Márquez, a quien alcanzó el 8, entre las haciendas de San Nicolás el Grande y San Lorenzo, mandando de antemano una columna de 800 hombres a que le cortase la retirada, y atacándole con 2,000 jinetes y otros tantos infantes llevados a la grupa, y dos baterías de piezas rayadas de montaña. Márquez vióse obligado a encerrarse en la hacienda de San Lorenzo, donde le sitió el general republicano; pero merced a un esfuerzo desesperado y previo un amago de ataque en direccion opuesta, logró evadirse por el camino de San Cristóbal a Texcoco. Alcanzándole nuevamente Díaz en la barranca de San Cristóbal, le arrebató toda su artillería, excepto dos cañones aus-



D. PORFIRIO DIAZ, EN SU DESPACHO.